

Leer en el rostro de Rimbaud

Ernest Pignon. Cartel oficial del Centenario de Rimbaud



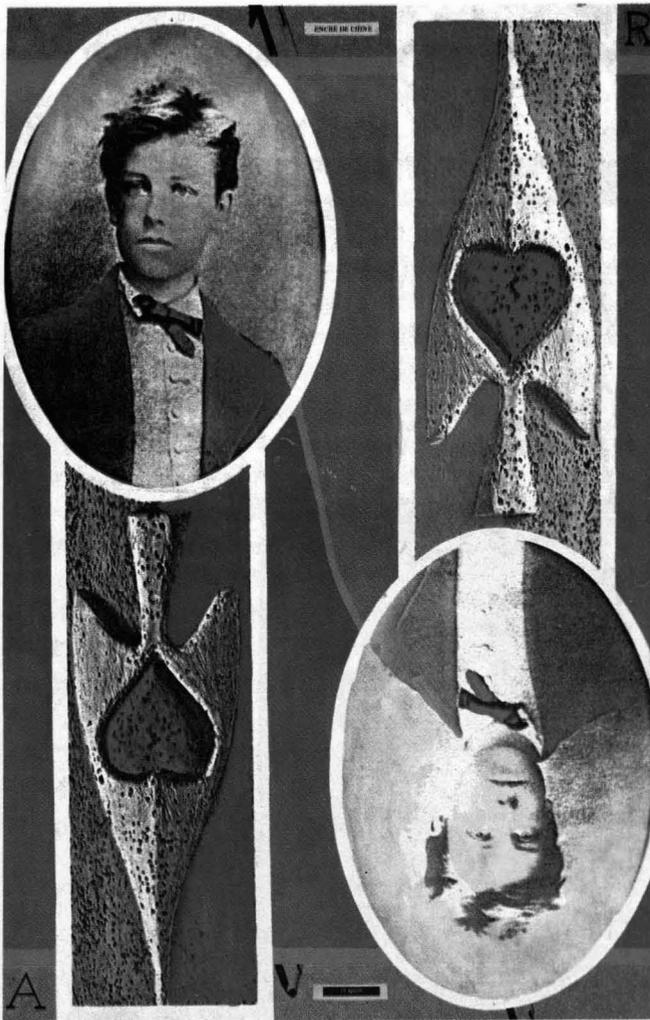
Desde el célebre *Coin de table* de Fantin-Latour, donde Rimbaud aparece como el ángel endemoniado que escandalizó París, hasta las serigrafías que Ernest Pignon ha impreso, pegado y fotografiado por los muros de Francia, el rostro de Rimbaud ha ejercido una irresistible fascinación en los artistas plásticos. Picasso, Giacometti, Cocteau, Léger son algunos de entre quienes han intentado, según la expresión de Pignon, "leer en el rostro de Rimbaud".

Con *ciencia y paciencia*, varios artistas mexicanos prepararon especialmente para este número de *Universidad de México* sus versiones, hechas fundamentalmente a partir de dos de las más célebres fotografías del poeta. La primera fue realizada en 1871 por Étienne Carjat en París, donde Rimbaud aparece de 17 años y



con su "auténtica cabeza de niño, rolliza y fresca, sobre un gran cuerpo huesudo y como torpe de adolescente aún en crecimiento", como escribió Paul Verlaine. La segunda fue tomada en Harar en 1887 con la cámara fotográfica del poeta ya convertido en comerciante; su exasperante indefinición sirve a José Nemorio Mendoza para un *collage* donde, partiendo del *routard* de Pignon, se establece un contrapunto con *el otro* Rimbaud, estático, expectante.

La misma fotografía sirve a Mauricio Sandoval para colocar en primer plano la figura del poeta, en un blanco hiriente, interrumpiendo un cielo borrascoso: un cielo que es un mar que es un alma. Su *Paisaje metafísico* traduce, de tal modo, las violentas corrientes interiores del poeta. Igualmente radical es la serie



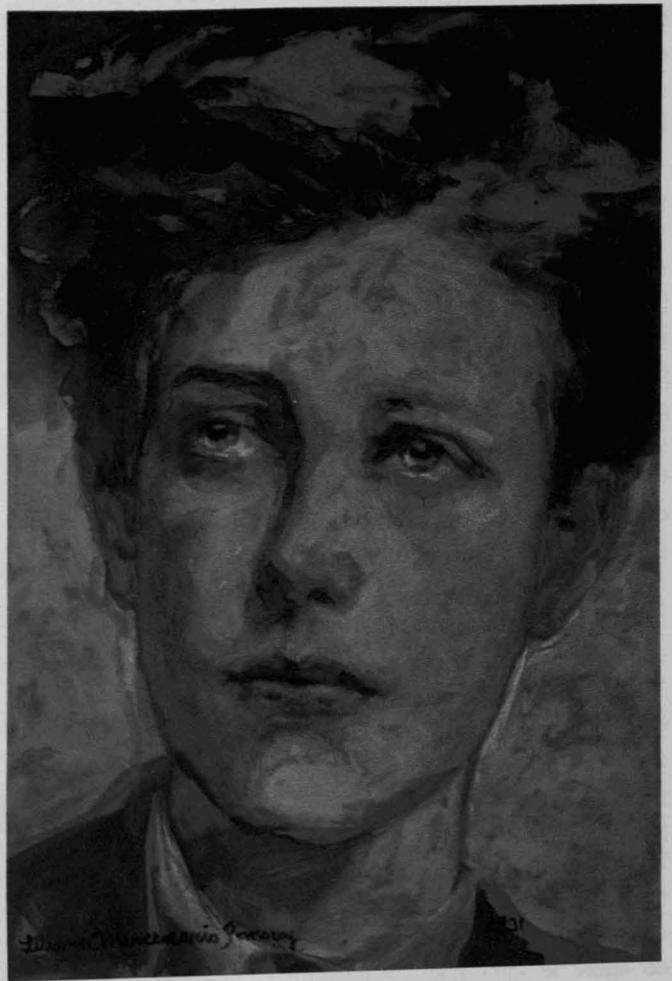
Xavier Quirarte. Rompecabezas

que Beatriz Gutiérrez titula *Una temporada en el infierno*, la cual tiene relación directa con las confesiones que en ese libro Rimbaud hace de la carne, los cuerpos y, particularmente, las mujeres. Los desnudos de Beatriz Gutiérrez, definidos en su bruma, son una dolorosa metáfora de quien todo lo deseó y nada obtuvo.

Hay en el rostro sin rostro pintado por Masha Zepeda un Rimbaud cálido, conciliado con la Arabia que alternativamente execraba y anhelaba. Inunda a este Rimbaud tropical una sensación de paz acorde con algunos de los contados instantes de felicidad que tuvo en Abisinia. La dualidad entre el cielo y el infierno aparece contrastada violentamente en el retrato de Rimbaud de Liliana Mercenario Pomeroy. El rostro del niño que se resiste a entrar en la adolescencia está resuelto en el ardiente azul que condicionó sus años verdes. Metáfora cromática: ese ángel emerge del infierno, y Liliana



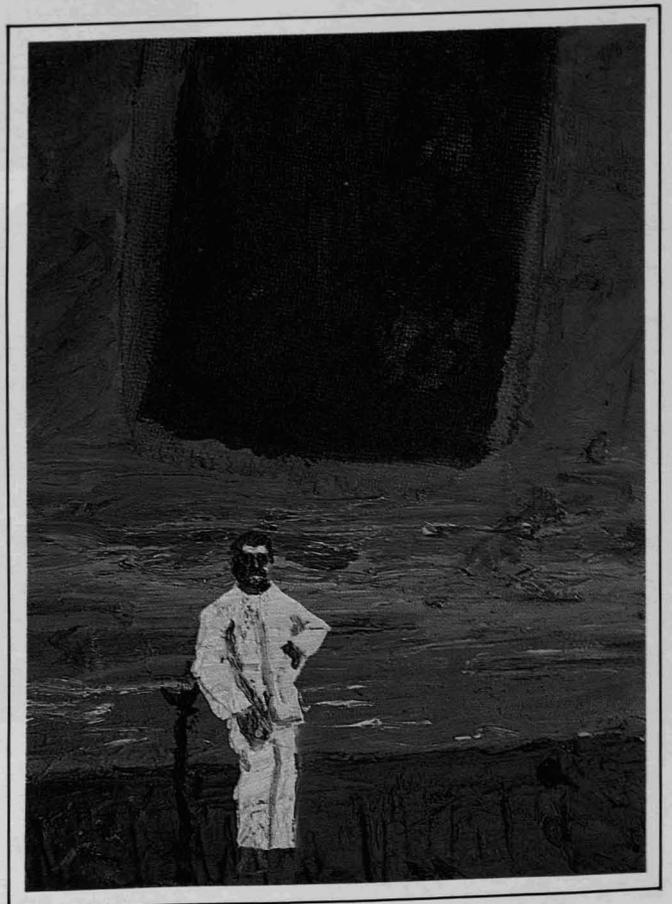
Beatriz Gutiérrez. *Composición* (de la serie *Una temporada en el infierno*), 1991



Liliana Mercenario. *Retrato de Rimbaud*



Masha Zepeda.
Sin título



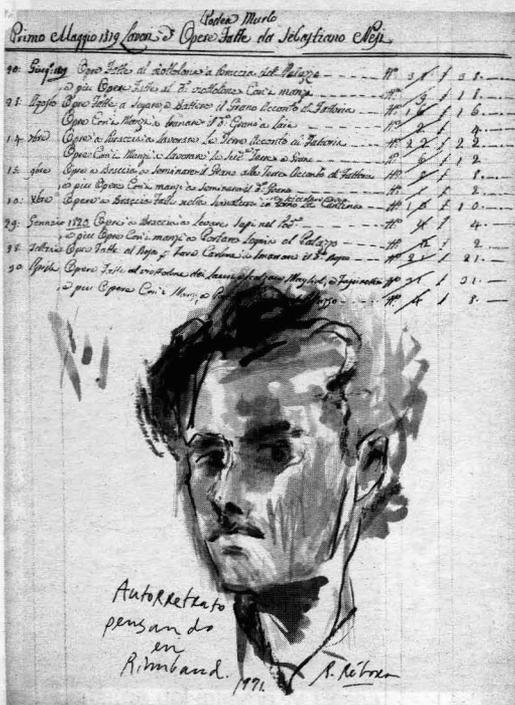
Mauricio Sandoval.
Paisaje metafísico

trabaja a partir de la atmósfera y la textura del papel rojo.

El "azar calculado" de André Breton espolea la imaginación de un artista con sus mismas iniciales, Alberto Blanco, quien en su collage titulado *17 Noir* propone una lectura múltiple de Rimbaud: baraja dual, corazón robado que se hermana con uno de esos objetos prodigiosos descubiertos y transformados por la imaginación de Breton. Roberto Rébora ofrece un *Autorretrato pensando en Rimbaud*. Dibujado sobre un antiguo cuaderno de contabilidad, la lectura de Rébora hace alusión directa al comerciante Rimbaud: la página contable es ocupada por la tinta y el agua para dar otro giro a su función pragmática. Sobre un concepto inicial de Alberto blanco, Xavier Quirarte emprende la búsqueda de Rimbaud en el rompecabezas de su ciudad natal. Se asoma, primero con prudencia, a la peligrosa criatura, hasta dejarla finalmente en libertad, fuera de sus fronteras, listo para irse, como él quería, "lejos, bien lejos, como del brazo de una mujer". (Labina Bagee). ♦



Alicia María. Rimbaud, 1991



Nemorio Mendoza. Sin título

Roberto Rébora. Autorretrato pensando en Rimbaud, 1991